> Ni dios, ni patrón, ni marido. Orígenes del ideario anarco-feminista en el Río de la Plata

> Neither god, nor boss, nor husband. Origins of the anarcho-feminist ideology in the
Río de la Plata

por Sabina Sebasti

Doutoranda em Educação na linha de pesquisa Epistemologias descoloniais, educação transgressora e práticas de transformação do Programa de Pós-graduação em Educação da Universidade Federal de Pelotas (UFPEL), com bolsa Capes. E-mail: sabina.sebasti@ufpel.edu.br. ORCID: 0000-0002-8819-6727.

Resumen

Este texto tiene por objetivo investigar los orígenes del movimiento ideológico anarco-feminista en el Río de la Plata, examinando las circunstancias históricas que propiciaron su surgimiento y que lo caracterizaron. Analizando sus posturas y opiniones contenidas en su principal medio impreso de difusión: el periódico *La Voz de la Mujer*, las bases de su pensamiento crítico, libertario y emancipatorio respecto a la condición de la mujer, contenidos en su consigna: *ni dios, ni patrón, ni marido*. Así como sus repercusiones en las transformaciones sociales que se gestaron a finales del siglo XIX.

Palabras clave: Feminismo. Anarquismo. Río de la Plata. *La Voz de la Mujer*.

Abstract

This text aims to investigate the origins of the anarcho-feminist ideological movement in the Río de la Plata, examining the historical circumstances that led to its emergence and characterized it. Analyzing their positions and opinions contained in their main print media: the newspaper *La Voz de la Mujer*, the bases of their critical, libertarian and emancipatory thinking regarding the condition of the women, contained in their slogan: *neither god, nor boss, nor husband*. As well as its repercussions in the social transformations that took place at the end of the 19th century.

Keywords: Feminism. Anarchism. *Río de la Plata*. *La Voz de la Mujer*.

> Artigo recebido em 21.06.2020 e aceito em 25.09.2020.

1. Historia de mujeres sin voz

Corría el año de 1864, cuando las tropas invasoras al mando del caudillo colorado Venancio Flores sitiaban la ciudad de Paysandú en la recientemente constituida República Oriental del Uruguay. Durante meses de lucha y contienda, la heroica ciudad federalista resistía los avances del ejército invasor aliado a huestes argentinas y brasileñas. En una hábil embosca, los soldados de la defensa al mando de Laudelino Cortés, lograron capturar un contingente de fuerzas enemigas. Algunos miembros del ejército invasor fueron entonces detenidos y conducidos para proceder al desarme, registro y clasificación como era costumbre. En cuanto decomisaban las armas de los prisioneros y verificaban sus pertenencias, se sorprendieron al encontrar entre ellos a una mujer. De estatura mediana y manos pequeñas, sus oscuros cabellos cortos, peinados rígidamente hacia atrás, dejaban en evidencia los rasgos indígenas de su rostro. Vestida rigurosamente de hombre y con lanza en mano, la China Catalina, ocultando su identidad femenina, había peleado a la par de tantos hombres combatientes, destacándose como hábil jinete en las filas de frente del campo de batalla.

Seguramente no fue la única mujer con participación en aquella lucha armada, sólo que, de las otras, nunca se supo nada. Aún así, muy poco se conoció de ella luego de este episodio. En aquel momento le improvisaron algunas ropas, le colocaron una pollera y la separaron de los demás prisioneros, enviándola a la casa de la comadre y amiga de Cortés, doña Manuela Marote de Raña. Luego de terminada la guerra y tomada la ciudad, la China Catalina fue liberada. Se sabe que abandonó su ejército, que partió para Montevideo y que pasó por Buenos Aires, donde se realizó la fotografía que inspiró mi pintura.

Figura 1

Sabina Sebasti, *Retrato de la China Catalina*, pintura, óleo sobre tela, 90 por 60cm, 2010.

Fuente: la autora.

Procurando imágenes para una serie de retratos, buscando inspiración en fotografías antiguas, revisando una vasta colección de periódicos y revistas, me deparé con una nota dedicada a la China Catalina, publicada un 11 de junio de 1939 en el diario uruguayo *El Día*. La curiosa crónica llamó poderosamente mi atención y decidí immortalizar a la protagonista en una obra que aún conservo.

Siempre supuse que debieron existir combatientes femeninas en las guerras de la región, no creía que la mujer, en curso de tantos acontecimientos bélicos que acaecieron sobre estas tierras, se hubiese apenas conformado con cuidar del hogar, de los hijos u ocupar las profesiones y actividades tradicionalmente reservadas al género, como ser cocinera, maestra o enfermera. Pensaba que las filas de los ejércitos revolucionarios debieron de haber estado ocupadas también por mujeres. En especial, en nuestra región de la Pampa, cuyas extensiones durante los siglos que precedieron al genocidio y conquista europea habían sido pobladas por nativas tribus guerreras. ¿Dónde había quedado ese espíritu combativo femenino? “¿Quién era esa china famosa que tuvo, según fluye de los hechos, su hora en la más culminante etapa de la guerra civil de 1863-65? ¿Catalina...qué? ¿Cuál era su apellido?”¹. Estas y otras interrogantes permanecerán siendo eternamente eso: interrogantes. Practicamente nada se conoce de protagonistas femeninas en la lucha armada, excepto en algunos inauditos testimonios. Se sabe, por ejemplo, de una mujer argentina, liberta de origen africano, María Remedios del Valle, que por su destaque en las batallas de la independencia a comienzos del siglo XIX, ganó el apodo de *madre de la patria*; o también de algunas peripecias en la vida de Anita Garibaldi, que por haber sido

¹ José María Fernández Saldaña, “La China Catalina”, 1939, p. 1.

la consorte de un célebre caudillo adquirió notoriedad. En todo caso son siempre escasos y esporádicos hallazgos que, justamente por ser raros e inusuales, se alzan como vestigios arqueológicos de todo un rango y sucesión de identidades perdidas. Inspirados también por esta reveladora historia de la China Catalina, algunas iniciativas han intentado revertir esta situación, como lo hace la muestra itinerante *Mujeres en Defensa*.² Propuesta museística que se dispuso a cuestionar la narrativa hegemónica de la memoria oficial, redactando los hechos acontecidos durante el sitio de Paysandú de manera de rescatar la biografía de mujeres que ejercieron papeles protagónicos durante el conflicto.

Sin embargo, debo aclarar que la propuesta de la presente investigación no estriba en reescribir la historia desde una perspectiva de género. Aún cuando considerar el rol e influencia de la mujer, abordando subjetividades y temáticas desde lo femenino, permita rediseñar el devenir de hechos y acontecimientos, incluyendo la consideración de conflictos y problemáticas que permean, inevitablemente, ambos géneros y sus interrelaciones. Adecuando, desde esta perspectiva, como lo señala Joan W. Scott, las pautas y objetivos para una investigación académica e histórica.

Además, y quizás sea lo más importante, “género” fue un término propuesto por quienes afirmaban que el saber de las mujeres transformaría fundamentalmente los paradigmas de la disciplina. Las estudiosas feministas pronto indicaron que el estudio de las mujeres no sólo alumbraría temas nuevos, sino que forzaría también a una reconsideración crítica de las premisas y normas de la obra académica existente³.

² Sitio web disponible en: <https://www.mujeresendefensa.uy> (Nota de la autora).

³ Joan W. Scott, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, 1990, p. 267.

Aun cuando los esfuerzos por reescribir el pasado desde una mirada del género consigan, como resultado, iluminar hechos con sus connotaciones de sometimiento, poder u opresión implicadas en la sexualidad; incluso cuando logren dilucidar situaciones y acontecimientos abordados desde el lugar de la subjetividad, no estoy proponiendo aquí una relectura histórica, repito. Por más que, por el simple hecho de dar luz a un capítulo – los orígenes del ideario anarco-feminista – sobre el surgimiento del pensamiento emancipatorio de la mujer, lo haga. Lo que me propongo realmente aquí es localizar el punto de inflexión, concentrar el análisis en el momento a partir del cual las mujeres comenzaron a sentir que precisaban expresarse en su propia voz. Mi pregunta es en qué momento de nuestra historia reciente las mujeres tomaron consciencia de su invisibilidad. En ese sentido, la China Catalina, precisamente por su condición de femineidad oculta, se erige como prueba simbólica de un género desapercibido, como huella emblemática de las mujeres omitidas. Por cierto, no parece que ella, en algún momento, hubiese reclamado su papel en la batalla y en la historia. Sólo se sabe que partió, abandonó su rol de soldado combatiente sin dejar ningún escrito, ni diario, ni carta, declaración o reclamo, en sus ulteriores días, sobre su propio protagonismo en los hechos.

No obstante, muy pocas décadas después, en el árido y desértico paisaje de voces silenciadas, los gritos femeninos revolucionarios comenzarían a brotar, en un selvático clamor de reivindicaciones y desafíos que continuaría prolongando y expandiendo sus ramas, hasta enclavar sus raíces en las estructuras sociales y en las bases filosóficas de la actual contemporaneidad. Para ello fue necesario el influjo de nuevos vientos que, desde el viejo continente, comenzarían a soplar, esparciendo las semillas de las ideologías libertarias.

2. El entorno del Río de la Plata

Hacia finales del siglo XIX, la revolución industrial se abría paso en las jóvenes repúblicas sudamericanas. La creciente industrialización de la sociedad aumentaba la demanda por trabajadores cualificados en los diferentes oficios. Obras públicas en el área de transporte, ferrocarriles y puertos, así como también construcciones que ampliaban la infraestructura de las ciudades, exigían fuertes contingentes de mano de obra. La vida urbana comenzaba a saturarse de fábricas y actividades comerciales. Los Estados comenzaban a crear políticas de inmigración que, según se afirmaba, contribuirían a aumentar la producción y la riqueza del país.

En la Argentina se promulgaba en 1876 la ley de Inmigración y Colonización, “mencionada como uno de los pilares legislativos de la modernización”⁴, que pretendía que el propio gobierno se ocupase de la selección de candidatos en el país de origen, su posterior traslado en transportes marítimos supervisados, así como la adjudicación de tierras por donación o beneficiando su adquisición mediante subsidios. También el gobierno del Uruguay, con el objetivo de atraer inmigrantes, instauraba en 1865 la Comisión Central de Inmigración, que supervisaba las condiciones del desembarco de los mismos, su alojamiento a la llegada a Montevideo, monitoreo de sus contratos de trabajo y asistencia legal durante el primer año de estadía en el país. El gobierno imperial de Brasil, por su parte, promovía en Europa políticas de estímulo a la inmigración, que implicaban un paquete de ventajas para el traslado de los nuevos colonos y

⁴ Alejandro Fernández, “La ley argentina de inmigración de 1876 y su contexto histórico”, 2017, p. 53.

su asentamiento en el territorio nacional. Era de destacar que, mientras a ambos márgenes del Río de la Plata, tanto el puerto de Montevideo como el de Buenos Aires acogía el recibimiento de numerosos contingentes de españoles e italianos, el gobierno de Brasil centraba su atención en atraer inmigrantes de los países del centro y norte de Europa, como Alemania, Suiza y Polonia, ya que “además de los objetivos económicos, perseguía uno racial”⁵.

Luego de la llegada a las ciudades portuarias del Río de la Plata, aproximadamente la mitad de los inmigrantes se asentaba en los principales centros urbanos de la región. Mientras que unos pocos traían capital para invertir en negocios o emprendimientos de bienes raíces, la gran mayoría acababa por emplearse en las diversas industrias en expansión, en el área pública o privada, transformándose en fuerza laboral activa, encontrando sustento en la remuneración de sus propias capacidades y oficios, sea como obreros industriales, jornaleros de la construcción, empleados domésticos o funcionarios públicos. Una significativa mayoría, por tanto, continuaba siendo lo que era en su país de origen: trabajadores asalariados.

En la ciudad de Buenos Aires, las condiciones precarias de vivienda y los bajos sueldos no parecían contribuir con la mejora de sus condiciones de vida y estaban lejos de colmar las aspiraciones de progreso que les habían motivado a asentarse en estas tierras.

Para muchos de estos trabajadores, las condiciones eran desastrosas. En Buenos Aires, donde la población se duplicó entre 1869 y 1887, y nuevamente entre 1887 y 1904, la vivienda era escasa y de mala calidad.

⁵ *Ibidem*, p. 61.

Muchos trabajadores vivían en conventillos, en los cuales la familia inmigrante promedio de cinco personas compartía una habitación [...]. Aunque los salarios no eran bajos en comparación con los de otros países latinoamericanos, se deterioraban a causa de las constantes devaluaciones. los trabajadores eran estafados frecuentemente en los tratos con sus jefes, y las condiciones de empleo eran duras. la norma era una jornada de diez horas y una semana laboral de seis días⁶.

Empero, los nuevos trabajadores europeos habían importado consigo no sólo sus habilidades y oficios, sino también su experiencia en organizaciones sindicales y sus ideológicas aspiraciones de justicia social. Principalmente desde Italia, España y Francia, donde el movimiento anarquista era fuerte. Comenzaron, a partir de 1860 y 1870, entre el clima de libertad y el descontento, a organizarse grupos proletarios y publicaciones anarquistas fundadas por refugiados y activistas políticos. En las posteriores décadas de 1880 y 1890 la clase trabajadora consolidaba el camino de la militancia política y la organización sindical, donde destacaban emprendimientos de “grupos revolucionarios activos que producían panfletos y diarios, organizaban mítines masivos, presentaban obras de teatro y participaban en huelgas y manifestaciones”⁷. Fue el caso del famoso anarquista italiano Errico Malatesta que, en 1885, escapó a la Argentina huyendo de la persecución en Europa y colaboró activamente en la fundación de varios sindicatos obreros, editando el periódico anarco comunista *La Questione Sociale*, en lengua italiana, en Buenos Aires. Ettore Mattei, también exiliado en 1880, inauguró en 1884 el *Circolo Comunista Anarchico* en 1884 y el periódico *Il*

⁶ Maxine Molyneux, “Presentación. Ni Dios, ni Patrón, ni Marido. Feminismo anarquista en la Argentina del siglo XIX”, 2018, p. 20.

⁷ *Ibidem*, p. 21.

Socialista: Organo dei Lavoratori. Francesco Momo emigró a Buenos Aires en 1885, y organizó con Mattei y Malatesta el primer sindicato de panaderos de la argentina, promoviendo con éxito la primera huelga del gremio.

El ideario anarquista, si bien foráneo, encontraba en la región del Plata un terreno fértil para la propagación de su consigna de lucha por una sociedad más justa e igualitaria. No sólo debido a las condiciones precarias de vida a que la industrialización capitalista sometía a sus trabajadores, en situaciones de explotación profunda y sistemática, acarreando salarios de hambre, en ausencia de asistencia médica y garantías laborales, con viviendas en condiciones de pobreza y hacinamiento que propiciaban la proliferación de enfermedades infecciosas, entre otras miserias. También factores como el crecimiento abrupto y reciente de las ciudades, impulsado por la repentina inmigración, con su consecuente miscelánea de lenguas y costumbres que las hacía carentes de una hegemonía cultural, favorecían un clima *sui generis* de libertad social y política donde aún no se encontraban instaurados los mecanismos de represión que ahogaban las reivindicaciones populares en Europa.

Aunque modestamente, con dificultades, también las ideas que protagonizaron en su tiempo Saint Simon, Fourier, Proudhon, Carlos Marx y Federico Engels, Miguel Bakunin y Pedro Kropotkin, fueron conocidas en el Plata, difundidas, estudiadas y comentadas, y a menudo puestas en práctica con originalidad, en la medida en que sirvieron una sociedad nueva con una ecuación propia⁸.

⁸ Carlos M. Rama, *Obreros y anarquistas*, 1969, p. 22.

En Montevideo, el anarquismo surgió también de la mano del movimiento obrero. Ya desde mediados del siglo XIX, el nacionalista radical italiano Gian Battista Cúneo, conjuntamente con José Garibaldi y Francisco Anzani, publicaron *L'Italiano* e *Il Legionario Italiano* en su lengua de origen, que diseminaban, en la ciudad montevideana, ideas en boga en Europa, como el socialismo utópico, el liberalismo radical, el nacionalismo y el anticlericalismo. El primer sindicato del Uruguay fue fundado por los obreros gráficos en 1865 y se llamó Sociedad Tipográfica Montevideana con el objetivo de brindar ayuda y asistencia en caso de accidentes laborales y otros infortunios, editando su periódico *El Tipógrafo* en 1883. Otros gremios también se formaron en las décadas de 1860 y 1870 hasta que, en 1885, apareció la llamada Federación de los Trabajadores del Uruguay, responsable de la publicación del periódico que lleva su nombre - mismo año en que los gremios de la construcción y de tranviarios organizaban sus primeras huelgas. El primero de mayo de 1890, Uruguay se convertía en uno de los diez y pocos países del mundo en celebrar el acto conmemorativo a los mártires de Chicago.

Hacia finales del siglo XIX, intelectuales y escritores se sumaban a las filas de la lucha social. El dramaturgo uruguayo Florencio Sánchez se declaraba anarquista y escribía obras de teatro y textos literarios con el objetivo de ampliar los alcances del discurso libertario, editando el primer diario anarquista del Uruguay: *El Trabajo*. También la literatura gauchesca, ampliamente difundida en la región, con sus huestes de poetas y payadores, ejerció sus influencias en el imaginario anarquista. En la obra del escritor José Hernández, *El Gaucho Martín Fierro*, publicada en Buenos Aires en 1872, se leían incontables alusiones a la libertad, a la falta de reglas, de fronteras, de ley y de autoridad, que constelaban

el idiosincrático modo de vida del gaucho pampeano, consagradas en el espíritu insurrecto de su protagonista que se jactaba de haber “vivido libre y sin depender de naides”⁹.

El gaucho representaba la libertad individual celebrada tanto por las corrientes individualistas como por las sindicalistas. El mayor atractivo del gaucho era su rebeldía, su rechazo permanente a la autoridad policial y judicial, que eran vistas habitualmente por el anarquismo como las herramientas represivas y autoritarias del Estado. El permanente deambular por el campo en total libertad y la independencia respecto de la autoridad de ningún patrón eran elementos políticamente valiosos y culturalmente muy expresivos. En el gaucho, el anarquismo encontró una figura que, si bien estaba en franca desaparición ya en la década del ochenta, era central en el imaginario de la época y poseía características que el anarquismo definía como virtudes morales¹⁰.

Quien sabe, estos mismos aires gauchescos de libertad y sublevación habrían impulsado a la China Catalina a abrirse espacio cabalgando en el agitado terreno de la guerra y la revolución, rechazando transitar por el camino acostumbrado del hogar, el matrimonio, la procreación y la tiranía de los quehaceres domésticos, transfigurándose en el enigmático paradigma pampeano de un espíritu femenino rebelde y nómade.

Pero, a todo esto, ¿dónde estaban las mujeres hacia finales del siglo XIX? ¿Que papel ocupaban en esta historia de cambios sociales? ¿Qué tareas, funciones y servicios desempeñaban en las nacientes urbes del Plata?

⁹ José Hernández, *El Gaucho Martín Fierro*, 2009, p. 236.

¹⁰ Leandro Delgado, “Criollismo y anarquismo: de la deconstrucción del gaucho al descubrimiento del arrabal”, 2012, p. 165.

3. Sublevación femenina

Fue precisamente en 1882, en París, en un contexto de disputa por los derechos sufragistas de la mujer, que la activista francesa Hubertine Auclert utilizó por primera vez el término *feminismo*. Dando nombre y por tanto existencia histórica al género hasta entonces excluido de la vida política e invisibilizado en la agenda de las transformaciones sociales.

La mujer de aquel entonces se veía afectada por su doble condición de sometimiento, soportando, por una parte, las condiciones precarias de trabajo, pues también era obrera y asalariada y, por otra parte, arrastrando el peso del trabajo doméstico junto con el cuidado de los hijos dentro de su morada precaria. Sus horas de trabajo no terminaban, al igual que las del hombre, con la vuelta al hogar, sino que se extendían en extenuantes jornadas que no sólo le privaban del descanso, también le impedían cualquier tentativa de estudiar, de acceder a una mejor formación y de participar de la vida social, cultural y política. A todo esto, se sumaba el hecho de que la mujer competía en el mercado de trabajo en condiciones de desigualdad, asumiendo una brecha salarial respecto al hombre que la desfavorecía, padeciendo falta de licencias y condiciones adecuadas para ejercer la maternidad.

Los ideólogos del anarquismo, ya en los finales del siglo XIX y principios del siglo XX, inducidos por las teorías malthusianas, empezaron a promover las ideas de lo que bautizaron como *maternidad consciente*. Thomas Malthus sostenía la afirmación de que mientras la población aumentaba en proporción geométrica, los recursos lo hacían en proporción aritmética, por lo tanto, de no establecerse criterios para el crecimiento reproductivo se desencadenarían,

inevitablemente, la escasez y el hambre. Esto inspiró a los movimientos sociales a incitar a las familias de trabajadores a controlar su número de hijos, y, para ello, promovían con entusiasmo el uso de métodos anticonceptivos. Todo esto, que en principio fue divulgado con vistas a mejorar las condiciones de bienestar de la clase trabajadora, traía aparejado, a su vez, un evidente relevo del papel procreador de la mujer.

Sin embargo, los varones anarquistas no parecían preocupados por estimular la participación de las mujeres en las luchas sociales, como tampoco en apartarlas de la influencia de la religión y la iglesia. El peso de las responsabilidades domésticas seguía azotando los cuerpos femeninos doblegados ante el trabajo duro dentro y fuera del hogar, víctimas, en no pocas ocasiones, del machismo y la opresión de sus cónyuges.

Quien de nosotras puede afirmar que no sufre la explotación en el trabajo, todas sufrimos la opresión y la rapacidad voraz de nuestros patrones, con jornadas interminables, con salarios de miseria en condiciones inhumanas. Pero tenemos que ganarnos el pan para nuestro propio sustento, para el de nuestra familia, ¡compañeras! Pero en verdad, quien de nosotras puede afirmar que no sufre la opresión y la dominación del hombre en el seno de esa misma familia a la que tiene que ayudar a subsistir. Por eso me dirijo a ustedes, compañeras de trabajo e infortunio, porque viven como yo la doble esclavitud del capital y del hombre. Pero se acerca la hora de la rebelión de los oprimidos que arrasará limpiando la faz de la tierra¹¹.

¹¹ Este discurso ha sido atribuido a Virginia Bolten, aunque no he encontrado fuentes documentales escritas que lo corroboren lo he transcrito, pues por su contenido y estilo bien podría haber sido pronunciado por ella. Se encuentra al comienzo del film *Virginia Bolten*.

Así comenzaba el discurso que la anarquista Virginia Bolten pronunciaba un 20 de octubre de 1901, durante la huelga de la refinería de azúcar en la ciudad de Rosario, en la Argentina. Virginia, cuya fervorosa oratoria le granjeaba una popularidad incuestionable, tenía entonces veinticinco años y era una de las principales líderes de la movilización en “reclamo de una rebaja del horario laboral, aumentos salariales y pago de horas extras”¹². Huelga que sería trágicamente recordada por el homicidio del anarquista austriaco Cosme Budislavich, primera víctima del movimiento obrero argentino en manos de la represión policial.

Esta legendaria activista, junto con Teresa Marchisio, María Calvia y con otras mujeres que el tiempo, el temor o el olvido relegaron al anonimato, emprendieron en 1896, en la ciudad de Buenos Aires, la iniciativa de redactar, publicar y distribuir el periódico *La Voz de la Mujer*. Se definía a sí mismo como un periódico comunista-anárquico y, bajo su lema *ni dios, ni patrón, ni marido*, convocaba a las mujeres a liberarse con optimismo de todas sus fuentes de opresión, que no eran pocas. Si bien sus redactoras aseveraban que era el primer periódico escrito por y para mujeres en Latinoamérica, ya habían tenido lugar otras iniciativas que bregaron por la emancipación de la mujer, como lo fue *O Jornal das Senhoras* fundado en Bahía, Brasil, en 1852. Pero, sin dudas, este instrumento de prensa podía vanagloriarse de ser, seguramente, la primera iniciativa latinoamericana en integrar las ideas feministas con la lucha

Testigo de una época. Biografías, dirigido por Mauricio Minotti, producido por el Canal Encuentro de la Secretaría de Medios y Comunicación Pública de la Argentina, 2016. (Nota de la autora.)

¹² Sebastián Stavisky, “La primera víctima del movimiento obrero: El discurso anarquista sobre la muerte en los albores del siglo XX en Argentina”, 2017, p. 173.

revolucionaria. En un contexto donde el movimiento feminista era incriminado de burgués por los grupos más radicales.

La Voz de la Mujer publicó en total únicamente nueve números. El primero apareció en enero de 1896 y el último en enero de 1897. Se estima que pudieron existir otras publicaciones en el año de 1901, de las cuales lamentablemente no se conservan ejemplares. También existen indicios de que otra versión del periódico pudo haberse imprimido años después en Montevideo, donde Virginia Bolten se había exiliado, siendo “la única mujer de la que se sabe fue deportada en 1902 bajo la Ley de Residencia, la cual le dio al gobierno el poder de expulsar inmigrantes activos en organizaciones políticas”¹³. Como todo órgano de la prensa anarquista de la época, aparecía esporádicamente, exhibiendo en su portada la frase: *sale cuando puede*; al principio se publicaba por espacios de tiempo de tres semanas, luego hasta de dos meses. Tenía cuatro páginas y era financiado con colaboraciones y suscripciones voluntarias. Debido a que en sus páginas se defendían atentados y actos de violencia en ataques hacia – lo que el anarquismo consideraba – la autoridad represora de un orden policial y burgués, posicionándose en contra de las persecuciones y prisiones políticas, solía distribuirse de un modo semiclandestino. Por esto casi nada se sabía de sus redactoras, que acostumbraban firmar sus notas bajo seudónimos femeninos como Luisa Violeta o Pepita Gherra. Su círculo de lectoras y lectores era amplio y asiduo. Los apodos con los que sus suscriptores protegían sus identidades resultaban curiosos reveladores de sus simpatías ideológicas.

¹³ Maxine Molyneux, *Op. Cit.*, p. 29.

Un indicio del temperamento de los lectores lo obtenemos de los siguientes nombres de contribuyentes: “grupo las vengadoras”, “Uno que desea cargar un cañón con cabezas de burgueses”, “viva la dinamita”, “viva el amor libre”, “Una feminista”, “Una serpiente para devorar burgueses”, “sobrante de Cerveza”, “Un hombre que ama a las mujeres”¹⁴.

El público del periódico era compuesto fundamentalmente por mujeres de la clase trabajadora, a quienes sus artículos pretendían dirigirse. Sus textos en tono de compasión y denuncia expresaban solidaridad con el sometimiento y el agobio que soportaban las integrantes de esta clase social, empobrecidas y desvalorizadas bajo el yugo de la explotación. Con alentadora convicción sus escritos eran exhortaciones que se proponían inspirar senderos de rebelión, con la meta de modificar el injusto panorama de dominación patriarcal y capitalista. Una arenga fogosa y optimista poblaba las páginas de este medio de prensa, donde abundaban versos como el siguiente, titulado “Brindis” y publicado en el número cinco del 15 de mayo de 1896.

¡Salud Compañeras! La Anarquía
Ya tremola el pendón libertador;
¡Hurra, hermanos queridos, a la lucha!
¡Fuerte el brazo, sereno el corazón!
miradlo ¡sí! ¿no veis el Horizonte
Radiante luz iluminando estar?
Y entre inmensos cendales ondeando
Nuestro rojo pendón. ¡Hurra a luchar!
Que no haya entre nosotras rezagadas
Nuestra lucha es a muerte y sin cuartel;
¡Hurra! hermanas queridas, otro esfuerzo,

¹⁴ *Ibidem*, p. 30.

Y ¿quién duda que habremos de vencer?
estrechemos las filas, camaradas
El rojizo pendón al tremolar,
¡Anarquía y salud! ¡Y destrozadas
Las falanges burguesas huirán!
Serenas, sin temor, siempre avanzando,
Siempre altivas marchamos por doquier,
Los esbirros burgueses arrollando
Destrozando las leyes y el poder.
¡Compañeros! Cada claro en nuestras filas
Contestado ha de ser con la explosión,
Y así, cual torrente, iremos formidable
Proclamando Social Revolución¹⁵.

No faltaban las exhortaciones militantes a rebelarse contra la autoridad de la religión y del Estado. Bajo los tres pilares de la insubordinación, *ni dios, ni patrón, ni marido*, el anarquismo feminista, en posición de combate a este último, se alineaba a las tesis de Federico Engels, en su revisión crítica del matrimonio como una institución social implantada a partir de una derrota histórica impuesta a la mujer, que legitimaba el control del hombre y su poder sobre el capital heredado.

El derrocamiento del derecho materno fue la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo. El hombre empuñó también las riendas en la casa; la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción¹⁶.

¹⁵ Josefa M. R. Martínez, "Brindis", 2018, p. 50.

¹⁶ Federico Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, 2017, p. 22.

Por aquellos años, el divorcio era todavía ilegal. En 1888 se había promulgado en Argentina una ley por la cual el matrimonio y el divorcio pasaban a ser regidos por el Estado, limitando la potestad que hasta el momento había ejercido la Iglesia en la materia. Mas, para obtener la separación formal había que comprobar causal de incumplimiento de alguna de las obligaciones conyugales y, en todos los casos, no autorizaba a los divorciados a contraer matrimonio nuevamente; esto no cambiaría hasta 1954. Uruguay, país pionero en el tema, consagró en ley el divorcio por la sola voluntad de la mujer en 1913, en virtud de un gobierno permeable a las ideas emancipadoras. Gobierno que también se dejó influenciar por las manifestaciones populares y anarquistas cuando marcharon en reclamo de una separación definitiva de la iglesia y el Estado, luego consagrada en 1918.

En las columnas del periódico no se escatimaban los escarnios al clero, como se destacaba en varios pasajes de un artículo titulado *¡Obreros!*, publicado en el número uno del 8 de enero de 1896.

Id a la catedral a contemplar boquiabiertos, la exuberante, la hidrópica vitalidad de los chupadores de sangre obrera; id a contemplar la hipócrita faz de los que nos llaman borregos; id, con ojo avizor y atento oído, a escuchar las mil frases de la refinada hipocresía de un fraile¹⁷.

Consideraban que las autoridades religiosas eran complacientes con la burguesía opresora, y por tanto hipócritas en sus sermones y actitudes. En tono de denuncia, señalaban a la religión como uno de los obstáculos reaccionarios al cambio. “No les enseñéis a creer en Dios; enseñadles que la religión es la atrofia

¹⁷ Josefa M. R. Martínez, “¡Obreros!”, 2018, p. 51.

de la mente, tanto de los hombres como de las mujeres y por tanto es la que impide el desarrollo del progreso”¹⁸, versaba una nota llamada “¡Madres, educad bien a vuestros hijos!”, publicada en el número cinco del 15 de mayo de 1896. Con todo, tuvieron justificación las anarco-feministas en pregonar la sublevación simultánea contra dios y marido, pues la historia demostró que a la sociedad le fue imprescindible remover el dominio que el conservadurismo católico ejercía sobre las costumbres y el Estado, para adecuar las leyes sobre el casamiento, la familia y el divorcio, de modo que la relación afectiva hombre-mujer comenzase a respirar libertad en un clima igualitario de derechos.

“¡Jóvenes, niñas, mujeres en general, de la presente sociedad! si no queréis convertiros en prostitutas, en esclavas sin voluntad de pensar ni sentir, ¡no os caséis!”¹⁹, se leía en la nota “¿Amemos? no ¡Luchemos!”, publicada en el número dos del 31 de enero de 1896. Para contrarrestar la carencia de autonomía que la mujer sufría en la época, obligada a perpetuar el estatus matrimonial por dependencia económica, impelida a mantener fidelidad por miedo a las reacciones violentas del hombre y al estigma social, *La Voz de la Mujer* proponía el amor libre y defendía la libertad sexual. Aunque estos planteos, en definitiva, estaban hechos con cautela, denotando, al fin de cuentas, una sujeción a las costumbres imperantes. Sus redactoras estaban distantes de pretender infringir las pautas culturales con las que ellas mismas habían sido educadas. Aunque, por cierto, eran bastante audaces en llamar las cosas por su nombre. Se podían leer frases como: “Busca en la masturbación un lenitivo a tus voluptuosas ansias [...]

¹⁸ Luisa Violeta, “¡Madres, educad bien a vuestros hijos!”, 2018, p. 107.

¹⁹ Pepita Gherra, “¿Amemos? no ¡Luchemos!”, 2018, p. 68.

acepta las primicias de tu cuerpo”²⁰, entre otros consejos que convidaban a vivir la sexualidad sin vergüenza ni prejuicios. Aún así, tampoco se recomendaban prácticas sexuales transgresoras y contrarias al consenso de la tradición. Es justo decir que otras experiencias anarquistas habían conseguido llegar más lejos, como el emprendimiento del italiano Giovanni Rossi que, en 1890, junto con otros cinco coterráneos se establecía en Brasil para fundar la Colonia Cecilia. Una comunidad que funcionaba sin autoridad de ningún tipo, regida por aspiraciones utópicas de pretender abolir completamente el concepto tradicional de familia y donde se practicaba abiertamente el amor libre, para desgracia de las comunidades religiosas contiguas.

A todo esto, no se encontraban en las páginas del periódico formulaciones prácticas o estrategias concretas de acción. Por ejemplo, se insistía en la pesada carga que significaba ser madre, pero no había ninguna propuesta que exigiera al Estado guarderías para el cuidado de los hijos o mejores servicios escolares. Lo mismo respecto al trabajo doméstico, se señalaba el peso que significaban estas tareas para la mujer, pero no se le exigía al hombre colaboración en un reparto igualitario de las mismas. Tampoco manifestaban una postura ni abrían la posibilidad de un debate respecto al tema del aborto.

Surgiría por esos mismos tiempos, otra variante del feminismo, la del partido socialista, que sí se haría cargo de dar soluciones prácticas a estas preocupaciones. Que iniciaría una comprometida contienda legal, en ámbitos legislativos, por la igualdad de derechos y oportunidades, mejoras en la educación y significativas reformas del código civil; definiendo senderos y

²⁰ *Ibidem*, p. 67.

terrenos de lucha concretos para las relegadas reivindicaciones feministas. Pero los factibles programas socialistas carecían de la apasionada militancia del anarquismo. Es más, en la tentativa de solucionar la opresión de las mujeres por la vía de las políticas de Estado, o en responsabilizar de ello a las estructuras propias del capitalismo, no ahondaron, como sí lo hicieron las anarco-feministas, en los orígenes y fundamentos del autoritarismo en general, no profundizaron en una crítica radical al machismo, ni en una deconstrucción del concepto tradicional de familia.

En este sentido, el anarco-feminismo parece haber dado un salto en la historia de las ideas, iniciando un análisis más conceptual que práctico, inaugurando discusiones que, varias décadas adelante, sentarían las bases de los debates contemporáneos entorno a la filosofía de género. Medio siglo después de la publicación del periódico *La Voz de la Mujer*, Simone de Beauvoir se adentraba en ese mismo camino cuando escribía:

Sin embargo, el principio del matrimonio es obsceno porque transforma en derechos y deberes un intercambio que debe basarse en un impulso espontáneo; da a los cuerpos, al empujarlos a captarse en su generalidad, un carácter instrumental, es decir, degradante; el marido suele quedarse envarado ante la idea de que cumple con un deber, y la mujer tiene vergüenza de sentirse en manos de alguien que ejerce sobre ella un derecho²¹.

El razonamiento de esta escritora francesa se alzaba como más una voz que gritaba que allí en la relación sexual e íntima había poca cosa de *natural*, que el territorio de los cuerpos estaba poblado de significados y que, finalmente, no

²¹ Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, 2015, p. 570.

había camino más efectivo y corto para la emancipación libertadora que deconstruirlos.

Referencias

BEAUVOIR, Simone de. *El segundo sexo*. Valencia: Ediciones Cátedra, 2015.

DELGADO, Leandro. Criollismo y anarquismo: De la deconstrucción del gaucho al descubrimiento del arrabal. *Culturales*, Mexicali, v. VIII, n. 16, p. 159-196, jul.-dez. 2012. Disponible en:

<http://culturales.uabc.mx/index.php/Culturales/article/view/141/140>.

Acceso en: 15 jun. 2020.

ENGELS, Federico. *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*.

Marxist Internet Archive, 2017. Disponible en:

<https://www.marxists.org/espanol/m->

[e/1880s/origen/el_origen_de_la_familia.pdf](https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/el_origen_de_la_familia.pdf). Acceso en: 15 jun. 2020.

FERNÁNDEZ, Alejandro. La ley argentina de inmigración de 1876 y su contexto histórico. *Almanack*, Guarulhos, n. 17, p. 51-85, dez. 2017. Disponible en:

<https://www.scielo.br/pdf/alm/n17/2236-4633-alm-17-51.pdf>. Acceso en: 15 jun. 2020.

FERNÁNDEZ SALDAÑA, José María. La China Catalina. *El Día*, Montevideo, p. 1-2, 11 jun. 1939. Disponible en:

<http://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/39703?mode=full>. Acceso en: 15 jun. 2020.

GHERRA, Pepita. ¿Amemos? no ¡Luchemos! In: BARRANCOS, Dora; FEIJOÓ, María del Carmen; MOLYNEUX, Maxine. *La Voz de la Mujer*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2018. p. 67-69.

HERNÁNDEZ, José. *El Gaucho Martín Fierro*. Buenos Aires: RTM, 2009.

MARTÍNEZ, Josefa M. R. Brindis. In: BARRANCOS, Dora; FEIJOÓ, María del Carmen; MOLYNEUX, Maxine. *La Voz de la Mujer*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2018. p. 50.

MARTÍNEZ, Josefa M. R. ¡Obreros! In: BARRANCOS, Dora; FEIJOÓ, María del Carmen; MOLYNEUX, Maxine. *La Voz de la Mujer*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2018. p. 50-53.

MOLYNEUX, Maxine. Presentación. Ni Dios, Ni Patrón, Ni Marido. Feminismo anarquista en la Argentina en el siglo XIX. In: BARRANCOS, Dora; FEIJOÓ, María del Carmen; MOLYNEUX, Maxine. *La Voz de la Mujer*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2018. p. 17-45.

RAMA, Carlos M. *Obreros y anarquistas*. Montevideo: Editorial Arca, 1969. Disponible en: <http://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/9167>. Acceso en: 15 jun. 2020.

SCOTT, Joan W. El género: una categoría útil para el análisis histórico. In: AMELANG, James S.; NASH, Mary. *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfons el Magnánim, 1990. p. 265-302.

STAVISKY, Sebastián. La primera víctima del movimiento obrero: El discurso anarquista sobre la muerte en los albores del siglo XX en Argentina. *Conflicto*

Social, Buenos Aires, v. 10, n. 18, p. 168-195, 2017. Disponible en:

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/2657/0>.

Acceso en: 15 jun. 2020.

VIOLETA, Luisa. ¡Madres, educad bien a vuestros hijos! *In*: BARRANCOS, Dora; FEIJOÓ, María del Carmen; MOLYNEUX, Maxine. *La Voz de la Mujer*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2018. p. 107-109.

Referência para citação deste artigo

SEBASTI, Sabina. Ni dios, ni patrón, ni marido. Orígenes del ideario anarco-feminista en el Río de la Plata. **Revista PHILIA | Filosofía, Literatura & Arte**, Porto Alegre, volume 2, número 2, p. 445 – 469, novembro de 2020.